

presencia se estremecía siempre: arrodillada á los pies de Oroncio, suplicóle con lágrimas que le devolviese lo que ella estimaba en más que el mayor tesoro. Estaba Oroncio á punto de ceder, cuando Eurotas, clavando en él miradas de fuego, le intimidó, y volviéndose á Miriam dijo:

—Te cogemos la palabra, y queremos aquilatar la firmeza de tu fe. ¿Deseas en realidad rescatar lo que buscas?

—Sacrificaré cuanto poseo por evitar la profanación del Santo de los Santos.

—Firma, pues, este papel, dijo Eurotas con diabólica sonrisa.

Tomó Miriam la pluma, y después de pasar una rápida ojeada por el documento puso en él su firma. Era una cesión completa de todos sus bienes á Eurotas, sin que en ella se refiriese para nada á Oroncio, que si bien se enfureció de que el hombre á quien él mismo sugiriera aquella traza contra su hermana se aprovechase de ella dejándole burlado, tuvo que morder la cadena con que le tenía más que nunca oprimido. De allí á poco, Eurotas exigió de Miriam una renuncia más explícita de sus derechos, que fué revestida de las formalidades prescritas por la legislación romana.

Al principio los dos cómplices trataron con blandura y halagos á su víctima, pero luego le insinuaron la necesidad en que estaba de dejar la casa de Antioquía, á causa de que Oroncio y su amigo tenían resuelto pasar á Nicomedia, residencia de los emperadores. Pidió Miriam que la enviasen á Jerusalen, donde esperaba ser admitida en alguna Comunidad de religiosas; y al efecto fué embarcada á bordo de un buque cuyo capitán no gozaba de la mejor reputación. Como acostumbraban los cristianos de aquellos tiempos al emprender un largo viaje, Miriam llevó consigo la Hostia Santa cuidadosamente envuelta en aquel pañuelo, la única prenda de valor que guardó en su poder al ausentarse de la casa paterna.

Cuando el buque se halló en alta mar, en vez de hacer rumbo á Joppe ú otro cualquier punto de la costa, continuó navegando mar adentro, ignorábase hacia qué lejano país. Los pocos pasajeros que iban en la nave comenzaron á alarmarse y promover una acalorada disputa, á la que puso término una repentina y violenta borrasca. Impelida la embarcación durante algunos días á merced de los vientos, fué á estrellarse en los arrecifes de una pequeña isla cercana á la de Chipre. Arrojada sana y salva á la playa, atribuyó Miriam su salvación al inapreciable tesoro que llevaba consigo. Creyó ser la única persona salvada del naufragio, porque no vió en la costa otros naufragos: no faltó, sin embargo, quien se salvara también, y que al regresar á Antioquía esparciera la nueva de la muerte de Miriam y de los demás pasajeros y tripulantes.

Algunos isleños que vivían de despojos de los naufragos, recogieron á Miriam en la playa, y viéndola sin amigos y sin recursos la vendieron á un mercader de esclavos, quien la llevó á Tarsó en el continente, y allí la volvieron á vender á una persona de alto rango que la trató con suma bondad.

Poco tiempo después, habiendo encargado Fabio á uno de sus agentes en Asia que le proporcionase, sin reparar en el precio, una esclava instruida, virtuosa y de maneras distinguidas para cuidar á su hija, vino Miriam á Roma bajo el nombre de Syra para traer la salvación á la casa de Fabiola.

XXXII

Muerte gloriosa

Algunos días después de los sucesos referidos en el penúltimo capítulo anunciaron á Fabiola que deseaba hablarle un anciano al parecer muy acongojado. Bajó Fabiola y le preguntó su nombre y el objeto que le traía.

—Me llamo Efraim,—respondió el viejo;—acredito una suma considerable, asegurada sobre los bienes de la difunta Inés; y como según mis informes acaban de pasar á vuestras manos, vengo á reclamaros su pago, porque si no lo realizo estoy arruinado.

—No comprendo cómo pueda ser eso,—dijo Fabiola con suma extrañeza.—No creo posible que mi prima haya contraído nunca deudas.

—No fué ella precisamente,—repuso algo turbado el usurero,—sino un sujeto llamado Fulvio, á quien por derecho de confiscación debían pasar esos bienes, y sobre ellos le adelanté una crecida suma.

El primer impulso de Fabiola fué despedir á aquel importuno sin otra réplica; pero acordándose de Miriam, hermana del deudor, dijo al usurero:

—Satisfaré las deudas contraídas por Fulvio, pero sólo con el interés legal y prescindiendo de vuestros contratos usurarios.

—Sin embargo, señora, considerad los riesgos á que me expuse, y tened por cierto que mis condiciones han sido bastante moderadas.

--Bien; entendedos con mi mayordomo, y pensad que ahora no correis riesgo alguno.

Fabiola dió al efecto instrucciones al encargado de administrar sus bienes para que pagara la deuda bajo la condición dicha, la cual redujo á una mitad las pretensiones del usurero. Arreglado este asunto, encargó al administrador una tarea más complicada, la de examinar las cuentas de su difunto padre, para subsanar por medio de una restitución pronta todos los daños y perjuicios ocasionados por injusticia ó vejación. Ni se detuvo aquí Fabiola; pues habiendo averiguado que Corvino había obtenido realmente con la influencia de su padre el rescripto imperial por el que se sustrajeron de la confiscación los bienes de su prima, si bien se negó siempre á recibirle, ordenó que se le remunerase con una suma suficiente para que pudiese vivir con desahogo el resto de sus días.

Desembarazada ya de los negocios temporales, Fabiola distribuyó su tiempo entre el cuidado de su enferma y su propia instrucción religiosa que debía preceder á la recepción del bautismo. Para acelerar la curación de Miriam la condujo á la quinta Nomentana, sitio que tan agradable era para entrambas. Como había llegado ya la primavera, podían aproximar á la ventana el lecho de Miriam, y aún á las horas más templadas del día trasladarle al jardín, y allí en medio de Fabiola y Emerenciana, y teniendo acostado á sus pies al pobre Moloso, que había perdido su fiereza, conversaban de los amigos que ya no existían y especialmente de aquella cuya memoria se asociaba á todo cuanto les rodeaba. Discurrían también sobre materias de religión, y entonces continuaba Miriam desarrollando humildemente y sin pretensiones, pero con el fervoroso entusiasmo que tanto había cautivado á Fabiola desde el principio, las instrucciones principadas por el santo presbítero Dionisio.

Así, por ejemplo, cuando éste les había hablado de la virtud y eficacia de la señal de la cruz que se hacía en la ceremonia del Bautismo, ya sobre la frente de los catecúmenos, ya sobre el agua regeneradora, ó sobre el aceite y el crisma con que eran ungidos, ó sobre la Hostia con que se los alimentaba, explicaba Miriam á las catecúmenas los usos más frecuentes y prácticos de aquella señal, y las exhortaba á imitar en esto á todos los buenos cristianos, persignándose al comenzar cualquier obra, «al entrar y salir de casa, al vestirse, al lavarse, al sentarse á la mesa, al encender la luz, al acostarse y levantarse, y al empezar toda conversación (1).»

(1) Así lo refiere Tertuliano, que vivió unos doscientos años después de Jesucristo, y es el más antiguo de todos los autores eclesiásticos latinos. (De Corona Milit., c. 3).

Entre tanto, todos menos Fabiola observaban con dolor que la enferma, si bien curada ya de la herida, en vez de recobrar sus fuerzas, iba languideciendo de día en día. En las mejillas de Miriam aparecían las chapetas propias de la tisis; estaba débil y demacrada, y de cuando en cuando la acometía una tos ligera y seca. Padeecía de insomnio y pedía le colocasen la cama de modo que apenas amaneciera pudiese tender la vista sobre el lugar que le parecía vencer en belleza al más ameno vergel.

Había desde antiguo en la quinta una entrada que conducía al cementerio, el cual llevaba ya el nombre de Inés por haber sido la santa Mártir enterrada en él. Su cadáver descansaba en un *cubiculum* debajo de un sepulcro abovedado. Sobre la cripta, en el centro del espacio en donde estaba construida, había una abertura circular cercada de un parapeto bajo oculto con espesos arbustos, la cual servía para facilitar luz y ventilación á la bóveda inferior. Hacia aquel sitio se complacía Miriam más principalmente en dirigir sus miradas, porque en el estado de su salud era el único medio que le quedaba de acercarse al sepulcro de aquella á quien tanto amaba y veneraba.

Una hermosa mañana, pocas semanas antes de la Pascua, teniendo Miriam fijas sus miradas en dirección del sepulcro de Inés, divisó algunos jóvenes que iban á pescar en el Anio, río inmediato, y para abreviar el camino penetraron en el jardín. Al pasar por junto la abertura del sagrado monumento, uno de ellos, que se asomó á mirar al fondo, llamó á sus compañeros diciéndoles:

—Venid y veréis una de esas guaridas subterráneas de los cristianos.

—Sí, una de sus madrigueras.

—Bajemos á examinarla,—dijo uno

—Y ¿cómo volveremos á subir?—preguntó otro.

Miriam no podía oír aquel diálogo, pero sí vió muy distintamente lo que en seguida hicieron. Uno, que había estado mirando dentro de la cripta, incitó á los demás á que le imitasen, pero recomendándoles por señas que guardasen silencio. Al momento cogieron pedruscos del márgen de una fuente vecina y los lanzaron contra algún objeto que había abajo. Alejáronse al fin riendo á carcajadas, y Miriam supuso que habrían visto alguna culebra ú otro animal dañino, y se habrían divertido en matarlo á pedradas.

Cuando se levantaron los de la casa refirióles Miriam el hecho para que fueran á recoger las piedras, y la misma Fabiola fué allá con algunos domésticos, pues atendía con el mayor celo á la conservación del sepulcro de Inés. ¡Cuál no fué su horror y su consternación al encontrar allí bañada en sangre y muerta á la pobre Emerenciana, que había bajado á orar al sepulcro de

su hermana de leche! Luego se supo que la tarde anterior, pasando cerca del río en ocasión que los paganos celebraban unas bacanales, no sólo rechazó sus solicitudes, sino que les echó en cara su disolución y su crueldad contra los cristianos. Enfurecidos aquellos malvados, la persiguieron á pedradas: pudo, sin embargo, sustraerse á su ira, pero sintiéndose herida y casi exánime penetró sin ser vista en el sepulcro de Inés, en donde se quedó por no poder moverse. Allí fué descubierta por los brutales paganos, que anticipándose al ministerio de la Iglesia le confirieron el bautismo de sangre. La humilde niña campesina, enterrada cerca de Inés, mereció la gloriosa distinción de ser conmemorada anualmente entre los Santos.

Fabiola y sus compañeras siguieron el curso habitual preparatorio de doctrina, que fué sin embargo abreviado á causa de la persecución que sufría la Iglesia. Como vivían cerca la entrada de un cementerio y no lejos de varias iglesias, pudieron fácilmente pasar por los tres grados prescritos á los catecúmenos: primero, el de *audientes* ó admitidos á oír la lectura de las lecciones; después el de *genuslectentes*, que asistían de rodillas á una parte de las oraciones litúrgicas; y por último el de *electi* ó *competentes*, preparados ya para recibir el Bautismo.

Cuando entraban en esta última categoría debían asistir con frecuencia á la iglesia, con especialidad los miércoles después de la primera, cuarta y última dominica de Cuaresma, en cuyos días el Misal romano prescribe hoy todavía varias colectas y lecciones que recuerdan aquella antigua costumbre.

El bautismo de Fabiola y de su servidumbre excitó en sus corazones una santa alegría. Todas las iglesias de la ciudad estaban cerradas, inclusa la del Santo Pastor con su baptisterio papal; por lo que al amanecer del venturoso día señalado encaminóse nuestra pequeña comitiva, rodeando las murallas de la ciudad, á la puerta opuesta de la misma, y tomando la vía *Portuensis* ó camino del puerto en la embocadura del Tiber, penetró por unas viñas inmediatas á los jardines del César y descendió al cementerio de Ponciano, famoso por las tumbas de los mártires persas Abdón y Senén.

Emplearon toda la mañana orando y preparándose, y al caer de la tarde principióse la solemne ceremonia, que debía durar toda la noche.

El bautismo no ofreció en realidad sino una ceremonia fúnebre. En una cisterna de unos cuatro ó cinco piés de profundidad recogíanse las aguas de un manantial subterráneo, límpidas, pero frías y pálidas, si así se nos permite expresarnos, por estar el depósito construído en la roca volcánica. Un largo tramo de peldaños conducía á aquel tosco baptisterio, y un ligero borde saliente á los lados servía de apoyo al ministro y al catecúmeno,

al cual se le sumergía por tres veces en las aguas regeneradoras.

Al Bautismo seguía inmediatamente la Confirmación, y entonces el neófito, después de recibir la instrucción debida, era admitido por primera vez á la Mesa del Señor y alimentado con el Pan de los Angeles.

Al regreso de Fabiola á su quinta un silencioso y prolongado abrazo señaló su primer encuentro con Miriam. Eran ambas tan felices y estaban tan satisfechas y recompensadas de lo que cada cual hiciera por la otra durante meses enteros, que en vano buscarían palabras con que expresar sus propios sentimientos. La idea fija de Fabiola, el pensamiento dominante que le llenaba de complacencia, era el haberse elevado al nivel de su antigua esclava, no en virtud ó grandeza de alma, ni en celestial sabiduría, ni en mérito á los ojos de Dios, porque en todo esto se reconocía infinitamente inferior; sino como hija de Dios, heredera de su eterno reino, miembro vivo del Cuerpo de Cristo, partícipe de su misericordia y del premio de su redención; en suma, como una de sus nuevas criaturas: y rebosando alegría y satisfacción, comunicó á Miriam sus impresiones.

Nunca la enorgulleció tanto un magnífico traje como la blanca túnica que recibiera al salir del baptisterio y que debía llevar por espacio de ocho días.

Pero nuestro misericordioso Padre sabe el modo de mezclar nuestros goces y penas, y nos envía las últimas cuando nos tiene mejor preparados para sobrellevarlas. En el cordial abrazo á que aludimos notó Fabiola por primera vez la fatigosa respiración y opresión de pecho de su hermana querida. Desechó por el momento toda idea de inquietud, pero envió á llamar á Dionisio rogándole que viniese al día siguiente.

Aquella misma noche celebraron la fiesta de Pascua, en la que Fabiola presidió la mesa al lado de Miriam y en medio de sus esclavas convertidas y de las domésticas de Inés, que habia retenido en su servicio. No recordaba haber gozado en su vida de una cena más alegre y deliciosa.

A la mañana siguiente Miriam llamó á Fabiola á su lado, y con extraordinarias demostraciones de afecto le dijo:

—Querida hermana mía, ¿qué harás cuando yo te deje?

Oprimida de dolor, la pobre Fabiola respondió:

—¿Has pensado dejarme? Yo me lisonjeaba de vivir siempre juntas como dos hermanas. Mas si quieres ausentarte de Roma ¿no permitirás que te acompañe para cuidarte y servirte?

Sonrióse Miriam, pero las lágrimas asomaron á sus ojos; y cogiendo de la mano á su hermana le señaló con el dedo al cielo.

Comprendió Fabiola, y dijo:

—¡Oh! no, no, amadísima hermana: ruégale al Señor, que

nada te negará, que yo no te pierda. ¿Qué sería de mí sin tí? Ya que aprendí cuanto puede en nuestro favor la intercesión de los que reinan con Cristo, rogaré á Inés y á Sebastián que pidan á Dios aparte de mí tan inmensa desventura. Miriam, procura restablecerte; estoy segura de que tu dolencia no es grave. La estación templada y el aire puro y sano de la Campania restaurarán pronto tus fuerzas, y sentadas juntas cabe la fuente hablarémos de cosas más sublimes que la filosofía.

Miriam, moviendo la cabeza, replicó, no triste, sino placentera:

—No hay ya remedio, querida mía. Dios me ha conservado hasta el día por mí tan deseado: pero El me llama ahora, y respondo gozosa á su llamamiento. Mis días están contados.

—¡No tan pronto, no tan pronto!—exclamó Fabiola sollozando.

—No será mientras lleves tu vestido blanco,—dijo Miriam.—Sé que desearás vestir luto por mí, y por nada te privaría una hora de tu mística blancura.

Cuando llegó Dionisio notó grande alteración en la enferma, á quien hacía algún tiempo no había visitado. Sucedió lo que tenía previsto: la insidiosa punta de la daga se había enroscado al hueso y dañado la pléura, sobreviniendo rápidamente la tisis. Dionisio confirmó, pues, el triste presentimiento de Miriam.

Llena su alma de congoja, Fabiola fué á desahogarse con lágrimas y súplicas cabe el sepulcro de Inés, para impetrar de Dios resignación y valor en tan amargo sacrificio. Después, resignada y tranquila, volvió al lado de la enferma.

—Hermana,—le dijo con voz entera y firme,—cúmplase la voluntad del Señor. Estoy dispuesta á entregarle todo, hasta á tí. Ahora dime tu deseo, lo que debo hacer cuando te hayas separado de mi lado en este mundo.

Levantó Miriam la vista al cielo y respondió:

—Deposita mi cuerpo á los piés de Inés, y tú vive para guardarnos y para pedirle por mí hasta que venga del Oriente un peregrino que será portador de felices nuevas.

El domingo siguiente, *Dominica in Albis*, el presbítero Dionisio celebró, por privilegio especial, los santos Misterios en el aposento de Miriam; le administró por viático la sagrada Comunión, y después del santo Sacrificio la Extremunción, último Sacramento que la Iglesia confiere á sus hijos.

Fabiola, que con todos los suyos asistió á tan solemnes ritos acompañándolos con lágrimas y oraciones, bajó luego á la vecina cripta para asistir á los Divinos Oficios, después de los cuales, despojándose de su blanca vestidura, volvió en traje de luto al lado de Miriam.

—Llegó la hora,—dijo ésta tomando la mano á Fabiola.—

Hermana mía, perdóname si en algo falté á mis deberes contigo y si dejé alguna vez de darte buen ejemplo.

A tales palabras no pudo Fabiola contenerse y prorrumpió en copioso llanto.

Miriam trató de consolarla, diciendo:

—Pon en mis labios, hermana mía, el signo de nuestra salvación cuando ya no pueda hablar; y vos, buen Dionisio, cuando haya dejado de existir, acordaos de mí en el altar de Dios.

Dionisio empezó á orar en alta voz á su lado, y Miriam fué acompañando sus oraciones hasta que la voz se apagó en su garganta. Sus labios, sin embargo, movíanse para besar amorosamente la cruz que le presentaban: su mirada, plácida y tranquila, iba de la cruz al cielo, volviéndose alguna vez á los seres queridos que dejaba en la tierra, como para darles el último adiós; hasta que por último, llevándose la mano á la frente y luego al pecho para hacer la señal de la cruz, la dejó caer yerta en el lecho. Una celestial sonrisa iluminó su semblante, que aún después de muerta respiraba la paz y alegría de los justos.

Así espiró Miriam como han espirado después tantos miles y miles de cristianos.

Fabiola lloró amargamente su pérdida, pero esta vez lloró como los que tienen esperanza.